

EMMANUEL LEVINAS

**LOS IMPREVISTOS
DE LA HISTORIA**

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2006

Esta obra ha sido publicada con ayuda de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura de España.

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Tradujo Tania Checchi del original francés *Les imprévus de l'histoire*

© Éditions Fata Morgana, Saint-Clément 1994

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2006

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563

e.mail: ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 84-301-1603-6

Depósito legal: S. 178-2006

Impreso en España / Unión Europea

Imprime: Gráficas Varona S.A.

Polígono El Montalvo, Salamanca 2006

CONTENIDO

<i>Introducción</i> , por Pierre Hayat	9
--	---

PENSAR EL HITLERISMO EN 1934

1. Algunas reflexiones sobre la filosofía del hitlerismo .	25
--	----

HUSSERL, HEIDEGGER, JEAN WAHL

2. Sobre <i>Ideas</i> de Edmund Husserl	39
3. Friburgo, Husserl y la fenomenología	89
4. Carta a propósito de Jean Wahl	101
5. Réplica a <i>Breve historia del existencialismo</i> de Jean Wahl	105

SARTRE, EL EXISTENCIALISMO, LA HISTORIA

6. Existencialismo y antisemitismo	113
7. La realidad y su sombra	117
8. Un lenguaje familiar	141
9. Cuando Sartre descubrió la historia sagrada	147

COEXISTENCIA PACÍFICA

10. Sobre el espíritu de Ginebra	153
11. Principios y rostros	159
12. El debate Ruso-Chino y la dialéctica	163

LAICIDAD Y MORAL

13. El laicismo y el pensamiento de Israel 169

CONVERSACIONES

14. Conversación con Bertrand Révillon 191

15. Conversación con Roger Pol-Droit 197

Procedencia de los textos 205

CONVERSACIÓN CON BERTRAND RÉVILLON

DE LA UTILIDAD DE LOS INSOMNIOS

Imaginemos, Emmanuel Levinas, que un joven, alumno de bachillerato le pide una definición de la filosofía, ¿qué le respondería?

Sin duda, trataría de hacerle ver que la filosofía brinda al ser humano la posibilidad de preguntarse acerca de lo que dice y acerca de lo que nos decimos al pensar. Que consiste en no dejarse adormecer por el sonido de las palabras y de las generalidades que estas designan, en abrirse a la unicidad del único en lo real, esto es, a la unicidad del otro. Abrirse, a fin de cuentas, al amor. Hablar con verdad lejos de cantos de sirena, espabilarse, ganar en sobriedad, dejarse de tópicos.

Ya el filósofo Alain nos ponía en guardia contra todo lo que nos ofrecen los «mercaderes de sueños» en nuestra civilización pretendidamente lúcida.

Filosofía como insomnio, como nuevo despertar en el regazo de las evidencias que marcan esta vigilia, pero que todavía son, o al menos son por ahora, sueños.

¿Es importante desvelarse?

Pienso que la vigilia es lo propio del hombre. Búsqueda por parte del que ha despertado, de una sobriedad nueva, más profunda, filosófica. Es precisamente el encuentro con el otro hombre el que nos urge a despertar; pero también los textos surgidos de las conversaciones entre Sócrates y sus interlocutores.

¿Es el otro quien nos convierte en filósofos?

En cierto sentido, sí. El encuentro con el otro es la gran experiencia, el gran acontecimiento. El encuentro con el otro no se reduce a la adquisición de un saber suplementario. Es cierto que no puedo jamás aprehender totalmente al otro, pero la responsabilidad hacia él en la que surge el lenguaje, mi socialidad con él desborda el conocer mismo, incluso si nuestros maestros griegos se mantienen aquí circunspectos.

Vivimos en una sociedad de la imagen, del sonido, del espectáculo, donde ya no queda espacio alguno para el retiro y la reflexión. Si un proceso como este se acelera, ¿perdería nuestra sociedad en humanidad?

En absoluto. No siento nostalgia alguna por lo primitivo. Sean cuales fueran las posibilidades humanas que ahí aparezcan, deben ser expresadas. El peligro del verbalismo existe, pero el lenguaje que es una llamada del otro es también la modalidad esencial de la «desconfianza de sí», que es lo propio de la filosofía. No quiero condenar a la imagen. He constatado, sin embargo, que hay una muy buena parte de distracción en lo audiovisual, una forma de sueño que nos sume y nos mantiene en ese adormecimiento del que hablábamos hace un momento.

Toda su obra se encuentra impregnada de una preocupación moral. Curiosamente, después de un periodo de «liberación» en la que fue rechazada, la ciencia y especialmente los descubrimientos biológicos conducen a los hombres a plantearse cuestiones éticas. ¿Qué opinión le merece esta evolución?

La moral, en efecto, tiene una mala prensa. Suele confundirse con el moralismo. Lo que hay de esencial en la ética se pierde frecuentemente en ese moralismo reducido a un conjunto de obligaciones particulares.

¿Qué es la ética?

Es el reconocimiento de la «santidad». Me explico. El rasgo fundamental del ser es la preocupación que cada ser particular siente por su propio ser. Las plantas, los animales, el conjunto de los vivientes se atrincheran en su existencia. Para cada uno de ellos, se trata de la lucha por la vida. ¿Acaso no es la materia, en su esencial dureza, cerrazón y conflicto? Y es justamente ahí donde encontramos en lo humano la probable aparición de un absurdo ontológico: la preocupación por el otro por encima del cuidado de sí. Esto es lo que yo denomino «santidad».

Nuestra humanidad consiste en poder reconocer esta preeminencia del otro. Se comprenderán ahora mejor las primeras afirmaciones de nuestra conversación y el porqué de mi marcado interés por el lenguaje: siempre se dirige hacia otro, como si uno no pudiera pensar sin preocuparse ya del otro. De aquí y en adelante, mi pensamiento queda así expresado. En lo más profundo del pensamiento se articula el «por el otro»; dicho de otro modo, la bondad, el amor al otro más espiritual que la ciencia.

¿Puede enseñarse esta atención al otro?

Desde mi punto de vista, tal cosa se despierta ante el «rostro» del otro.

El otro al que usted se refiere, ¿es también el totalmente Otro, Dios?

Es en esta preeminencia del otro hombre sobre mi propio yo, más que en mi admiración por la creación y con anterioridad a la búsqueda de la primera causa del universo, como Dios viene a la idea. Cuando hablo del otro empleo el término «rostro» (*visage*). El «rostro» es lo que se halla detrás de la fachada, bajo el semblante que cada uno se da: es la mortalidad del prójimo (*prochain*). Para ver, para conocer el «rostro», hace falta ver insistentemente (*dévisager*) al otro. El «rostro» en su desnudez es la fragilidad de un ser único expuesto a la muerte, pero al mismo tiempo es el enunciado de un imperativo que me obliga a no dejarlo solo. Dicha obligación es la primera palabra de Dios. La teología comienza, para mí, en el rostro del prójimo. La divinidad de Dios se juega en lo humano. Dios desciende en el rostro del otro. Reconocer a Dios es escuchar su mandamiento: «No matarás», que no se refiere únicamente a la prohibición del asesinato, sino que constituye una llamada a la responsabilidad incesante para con el otro –ser único–, como si yo hubiese sido elegido para esta responsabilidad que me da la posibilidad, también a mí, de reconocermelo único, irremplazable, de poder decir: «Yo». Y ello, siendo consciente de que en cada una de mis humanas empresas, de las que el otro nunca está ausente, respondo de su existencia de ser único.

Como filósofo judío, ¿qué piensa del proceso Barbie?*

Para mí se trata del orden de lo horrible. Horror que no podría ser ni olvidado, ni reparado por castigo alguno, eso está claro. ¿Límite de la responsabilidad? Hay en esta certeza un trastorno –no porque sean vanas– de una buena parte de nuestras meditaciones escatológicas, judías y no judías. Pero este proceso, más horrible que cualquier sanción, no debería desarrollarse como lo hace. Hace falta llegar a dicho juicio sin banalizar, mediante el formalismo y los inevitables artificios jurídicos, el horror en sus dimensiones apocalípticas.

Este hombre, ¿es aún un «otro» para usted?

Si alguien, en su alma y conciencia puede perdonarlo, que lo haga. Yo no puedo.

* Klaus Barbie fue detenido en Bolivia en enero de 1986 y juzgado en Francia por sus crímenes contra la humanidad. Durante su ejecutoria como jefe de la Gestapo en Lyon, se probó su responsabilidad directa en más de 4000 asesinatos, 7000 deportaciones de judíos a campos de concentración y miles de arrestos y torturas a miembros de la resistencia. Todo ello le hizo acreedor del dudoso título de «El Carnicero de Lyon».

El 4 de julio de 1987, el Tribunal penal del Ródano le condenó por dieciséis crímenes contra la humanidad a cadena perpetua [Nota de la traductora].